



Universidad
Nacional
de Rosario

Facultad de Psicología

Trabajo Integrador Final

Título: Duelos, entre el no-saber y la pérdida

Modalidad: Ensayo

Autora: Rabbia, Albertina

Legajo: R-5514/1

Docente responsable: Ps. Calderón, Agustín

Año: 2022

Agradecimientos

A mi mamá quien fue un pilar fundamental desde el primer momento y respetó mis deseos de transitar esta carrera. Quien comprende mis miedos, mis nervios y quien me ha acompañado y acompaña en cada instancia de este recorrido, siempre con palabras justas y gran calidez.

A mi hermano, quien me enseñó y estuvo presente en el gran cambio que implicó iniciar la vida facultativa en un nuevo lugar. Siempre dispuesto a acompañarme. A Emanuel, quien me cedió gran parte de su espacio y de su lugar para construirlo conjuntamente.

A mi familia, sin su apoyo y contención a la distancia dicho tránsito por la carrera no hubiese sido posible. Cabe mencionar especialmente a Hugo y Analía, mis tíos, quienes me han dado un hogar durante todo este tiempo y me han tratado como una hija más, acompañándome desde el primer día.

A mis amigos de mi pueblo, los de siempre y quienes se fueron sumando en estos años.

Amigos que siempre se hacen sentir cerca, que acompañan y respetan los tiempos que la facultad ha requerido, quienes contienen en momentos difíciles y celebran mis alegrías. A mis amigas de la facultad, grandes compañeras que este recorrido me deja para siempre.

Nos conocemos desde el primer día y han sido mi gran pilar entre apuntes, mates y clases. Este recorrido no hubiese sido igual sin ustedes. Gran parte de este trabajo contiene retazos de charlas que, gratamente, hemos tenido.

A Agustín Calderón quien, desde hace algunos años me brinda una mirada del psicoanálisis muy enriquecedora, mirada cálida que me acompaña a lo largo de todo este trabajo. A Florencia, Soledad y Julieta. Sus aportes y sus respuestas a cada inquietud presentada han sido una gran guía en este recorrido.

Agradecimientos	2
Resumen	4
Palabras clave	4
Introducción	5
I. Duelo: una cuestión de trabajo.....	6 II.
Lacan: Un nuevo estatuto del duelo.	7 III.
¿Todo tiene solución?	9 IV.
Duelos ¿patológicos?.....	10 V.
No realización del duelo.....	13 VI.
El duelo en la práctica clínica.....	15
Reflexiones finales.....	16
Bibliografía.....	18

El duelo, momento necesario en la constitución del sujeto ha sido objeto de numerosos trabajos y reflexiones dentro de diversos campos, entre ellos se ubica el psicoanálisis. Freud, creador de dicho discurso ha establecido, en distintos escritos, ciertas referencias y puntualizaciones que han permitido pensarlo. Es por ello que, en este ensayo, se partió de las reflexiones realizadas por el padre del psicoanálisis y han sido complementadas con las ideas que Lacan, gran referente del movimiento, ha producido. El duelo, a pesar de ser muy trabajado desde distintas perspectivas, siguió generando preguntas que aún no encuentran respuestas como también diferentes posturas y modos de concebir al mismo. Es así que apuntamos a reflexionar sobre las nociones de trabajo de duelo y sobre el mismo como parte de la constitución subjetiva. Asimismo, consideramos de gran importancia repensar si existe la posibilidad de determinar la resolución de un duelo o un fin de duelo, concebidos de manera diversa. Además, se analizó el sintagma duelo patológico y si el mismo es apropiado para ser pensado en el campo del psicoanálisis debido a la fuerte intervención del discurso médico en el mismo; como también el momento en que los duelos no se han realizado. Por último, se tuvo en cuenta el lugar que el espacio analítico puede brindar en el atravesamiento de duelos. Dichas reflexiones apuntaron a respetar el estatuto que Lacan le otorgó al duelo, en tanto escapan a determinaciones temporales y colectivas ya que se debe a un proceso singular.

Palabras clave: Duelo – pérdida – sujeto – patológico - no duelo.

DUELOS, ENTRE EL NO-SABER Y LA PÉRDIDA.

*Las pérdidas irreparables que nos ponen de duelo, sean de la raigambre que fueren (muertes, caída de los ideales, rupturas amorosas) admiten múltiples respuestas, pero lo que no tienen, es solución.
Fochi, 2021, p. 183.*

Introducción

El presente ensayo aspira a abordar el duelo, tema que habita los rincones del campo de la psicología y que ocupa un lugar central en la teoría del psicoanálisis y en el análisis mismo. Mucho ha sido dicho sobre el duelo pero sigue siendo un tópico de interés porque nos atraviesa a todos.

Al interior de los discursos que inundan nuestra casa de estudios escuchamos definiciones de qué es un duelo, cuando este se está atravesando, cuando no como así también, los tiempos que debe llevar un duelo y qué debe hacerse en el mismo como lo que no. Frente a esto, este escrito toma un recorrido diferente, en tanto posibilita poner en juego un no-saber sobre el duelo, en la medida en que lo agujerea porque no puede pensarse sin pérdida y sin resto.

El no-saber habilita y permite pensar modos de llevar adelante la clínica que no obturen la emergencia del sujeto. De esta manera, apuntamos a interrogar y desarmar aquello tan armado del duelo y principalmente, del duelo en relación a la muerte. El aspecto más interesante de trazar estos caminos se deben a que no existe significante que pueda dar cuenta de la muerte, que la cubra y que le otorgue un sentido. Por medio del lenguaje intentamos abordarla constantemente, insiste, pero no deja de ser del orden de lo imposible, por lo tanto, de un no-saber.

Es por ello, que dicho trabajo está signado por diversas preguntas que alojan y sostienen el duelo.

En un primer momento, este ensayo recorre y reflexiona acerca de las nociones de duelo propuestas por el discurso psicoanalítico, principalmente a través de la idea de trabajo de duelo de Sigmund Freud y luego, el duelo ligado a la idea de función planteado por Jacques Lacan.

Luego, recoge formas de considerar el duelo encasillado en tiempos cronológicos o bien, incluyendo el sentido de superación, para abordar la idea de resolución o fin del duelo, considerando el lugar que tienen en el sujeto, duelos y procesos anteriores. Esto implica la pregunta por la patologización del duelo.

Además, este trabajo aborda el no-duelo, en la medida en que entendemos que frente a diversas situaciones, las alternativas son del inconsciente. De esta manera, se concluye dicho ensayo abordando las posibilidades que el análisis brinda en el pasaje por el duelo, en relación al atravesamiento del fantasma.

I. Duelo: una cuestión de trabajo.

Freud en el texto *Duelo y melancolía* (1917) realizó un abordaje del duelo en comparación a la melancolía. Es en este recorrido, donde establece similitudes y diferencias entre ambos y donde ubica ciertas coordenadas acerca del modo en que concibe al duelo.

Lo considera un afecto normal, definido como “la reacción frente a la pérdida de una persona amada o de una abstracción que haga sus veces, como la patria, la libertad, un ideal, etc.” (Freud, 1917, p. 241). Lo ubica como una pérdida consciente en tanto aquello que se origina o tiene raíz en el inconsciente puede alcanzar la conciencia, es decir, la pérdida sufrida aquí es consciente, el yo sabe que perdió.

Es interesante considerar la crítica realizada por Allouch a la noción de trabajo en sí misma, ya que sostiene que: “El trabajo del duelo, como cualquier otro antidepresivo, se vuelve objeto de una prescripción” (1997, p. 46). Asimismo, revisa la idea de pérdida consciente ya que implicaría un costado normativo del duelo.

Volviendo a Freud, realiza una descripción de aquellos rasgos que caracterizan este afecto: en lo anímico se produce “una desazón profundamente dolida, una cancelación del interés por el mundo exterior, la pérdida de la capacidad de amar, la inhibición de toda productividad” (1917, p. 241). Comparte los mismos con la melancolía, pero se diferencia de ella debido a la rebaja de sentimiento de sí que se manifiesta mediante autorreproches. Lo que nos interesa en este trabajo refiere específicamente a lo que implica hablar de un trabajo de duelo. Al utilizar esta noción se vislumbra el requerimiento de ciertos movimientos que deben llevarse adelante.

Freud establece que frente a la pérdida opera una función del aparato psíquico, denominada examen de realidad. “El examen de realidad ha mostrado que el objeto amado ya no existe más, y de él emana ahora la exhortación de quitar toda libido de sus enlaces con ese objeto. A ello se opone una comprensible renuencia; universalmente se observa que el hombre no abandona de buen grado una posición libidinal, ni aún cuando su sustituto ya asoma” (1917,

p. 242). De esta manera, se hace notable el porqué del término trabajo, ya que, debido a esta situación, el hombre no abandona de manera inmediata la muerte del objeto amado y se resiste a abandonarlo sobreinvirtiendo libidinalmente aquellos aspectos, momentos que lo aferran al mismo. Freud sostiene que el trabajo de duelo “[...] se ejecuta pieza por pieza con un gran gasto de tiempo y de energía de investidura, y entretanto la existencia del objeto perdido continúa en lo psíquico” (1917, p. 242-243). Parece ser una concepción más bien económica del duelo que depende en gran parte del juego de investidura y desinvestidura.

Antes de continuar, consideramos pertinente incluir otras de las críticas realizadas por Allouch (1997), en cuanto al rol que el examen de realidad ocupa en el duelo tal como Freud lo señala. Para ello, retoma experiencias vivenciadas por el enlutado respecto a creer haber visto en la calle o en algún lugar a la persona que acaba de morir. “Esa presencia, esa vida le “salta a la cara”, apabullante sorpresa que enseguida le provoca como una extrema felicidad, como una felicidad que llega hasta el arrobamiento. El fulgor de esa presencia viva nos impulsaría incluso a inventar la palabra “vivancia” para expresar esa felicidad” (1997, p. 70). Es a partir de ello que sostiene que la realidad no se vuelve una prueba, sino que “[...] en el

duelo la realidad como tal se halla puesta a prueba. Vale decir: el duelo se puede clasificar como una de las experiencias posibles de la pérdida de la realidad. O dicho de otro modo: en la experiencia del duelo, la realidad ya no le sirve de pantalla a algo real” (1997, p. 74). La realidad ya no brinda una prueba en tanto, como plantea Landriel (2016), el objeto sigue existiendo en la fantasía y, por lo tanto, no se ha instalado la pérdida aún.

Retomando a Freud (1917), la finalización de esta operación implicaría que se venza aquella pérdida y el yo vuelve otra vez, libre y desinhibido, tal como se desplegaba al momento previo de la pérdida.

6

Frente a esto, es importante ubicar qué lectura hacemos de esta idea ya que puede implicar que el duelo es tan solo una operación que, una vez finalizada, es sin resto por un lado, mientras que por otro lado, puede interpretarse que existiría un sustituto que pueda ubicarse en ese lugar, cuando está perdido desde el primer momento. Por esta razón, tomamos una definición planteada por Faccendini & Zuliani: “El trabajo de duelo tiene que ver con poder delimitar la pérdida, entendiendo por delimitar la posibilidad de tramitar y elaborar la misma” (2018, p. 26).

Un aspecto importante en el duelo es la identificación, identificación regresiva ubicada primeramente en *Psicología de las masas y Análisis del yo* (1921), pero que no puede leerse sin un texto posterior *El yo y el Ello* (1923). Estos textos nos ponen frente a la paradoja de los tiempos de la identificación, en tanto es condición para la pérdida, pero se produce posteriormente en términos cronológicos. La identificación a un rasgo que va a introyectarse en el yo se produce en un tiempo posterior a la pérdida, pero asimismo, esa identificación es necesaria para la pérdida en sí misma. De esta manera, podemos dar cuenta que el proceso de identificación se rige por tiempos lógicos diferente a los tiempos cronológicos.

Nos parece fundamental destacar este carácter paradójico de la identificación distinguido mediante la lectura de los textos nombrados anteriormente porque permite una relectura de *Duelo y melancolía* (1917), para que este trabajo no resulte en una mera sustitución de un objeto por otro y que la pérdida esté instalada en el propio hablante. Este lugar de la pérdida, Freud (1970) lo ubica en una carta enviada a Ludwig Binswanger, en donde hace referencia a la muerte de su hija Sophie. Allí expone el sentimiento de saber que nunca podrá reemplazar aquella hija pérdida y que todo aquello que venga después, seguirá siendo otra cosa. Esta carta contradice lo planteado en años anteriores, habilita una forma de pensar la muerte y el duelo que no implique la borratura y desaparición de sus efectos, más bien, ubica la presencia constante de ese vacío que por definición, es imposible de cubrir completamente. Landriel (2016) de forma precisa destaca el rol esencial que la identificación ocupa para pensar el proceso de duelo afirmando que, el tomar un rasgo, una insignia del objeto es la única forma de perderlo.

Es así que, podemos proponer una relectura de lo escrito por Freud acerca de la posibilidad de sustitución en el proceso de duelo. En tanto que el objeto está perdido por definición, todos aquellos que se pierden en duelos posteriores son sustitutos de aquel primario. Sustitución que no implica un reemplazo o un estar en lugar de, más bien, en este proceso de invertir otros objetos que pueden presentarse en la vida de la persona, se revela la presencia de la pérdida y la imposibilidad de borrar las huellas que esta imprime.

II. Lacan: Un nuevo estatuto del duelo.

El duelo en Lacan se aleja de la noción de trabajo y asume un estatuto totalmente

diferente. Ahora el duelo es una función, función esencial para pensar un sujeto. Esto nos ubica en otro lugar, debido a que el duelo ya no queda limitado a una reacción y un trabajo a realizar frente a la pérdida de algo o alguien; más bien es fundante y por lo tanto, ineludible porque la pérdida está implicada en el sujeto mismo. Es decir, Lacan, en un primer momento no se centra específicamente en la pérdida de un objeto que está por delante del sujeto, sino que apunta a una concepción de pérdida como una parte de sí, pérdida de la posición sostenida hasta el momento. “Solo estamos de duelo por alguien de quien podemos decirnos *Yo era su falta*. Estamos de duelo por personas a quienes hemos tratado bien o mal y respecto a quienes no sabíamos que cumplíamos la función de estar en el lugar de su falta” (Lacan, 2020, p. 155). Se pierde aquello en lo que yo creo completar, imaginariamente, la falta del Otro.

7

El duelo entonces, es constitutivo del sujeto, es en esa pérdida que podemos pensar la emergencia de un sujeto marcado, atravesado por la castración. A partir de este movimiento, este paso esencial, es que Lacan pensará los posteriores duelos de objeto que describe como “objeto común, comunicable, socializado” (2020, p. 103). Objetos que pasan por la imagen y que se encuentran marcados por el significante, En este aspecto radica la novedad de Lacan, en la medida en que para poder ubicar algo de los duelos por los objetos investidos como Otros donde el sujeto ocupaba un lugar, es necesario un primer paso inaugural.

Cuando Lacan (2020) define al psicoanálisis como una praxis, una erotología, diferenciándolo de la psicología, el duelo toma el cariz de ser una experiencia erótica, en tanto movimiento que transita e inunda un proceso de análisis. Es en este momento de su enseñanza donde ubica como un aspecto central el objeto, en tanto que la constitución del sujeto se produce en relación a sus objetos.

De esta manera, la falta es esencial para pensar el duelo, noción interesante ya que anula la posibilidad de reemplazo. El sujeto se constituye en el campo del Otro y en esta operación lo que queda es un resto, un residuo imposible de reintegrar: “Ese resto, ese Otro último, ese irracional, esa prueba y única garantía, a fin de cuentas, de la alteridad del Otro, es el a” (Lacan, 2020, p. 36). Resto que da cuenta de lo incalculable del Otro, de aquel punto de indeterminación que no puede definirse y que nos ubica frente a la castración del Otro, y que más adelante lo ubica, en el esquema de la división del sujeto, entre el sujeto y el Otro, en lugar de objeto amboceptor, en el entre.

Lacan muestra, en el esquema óptico, la caída de este objeto en el pasaje del organismo al cuerpo libidinal, resultado del impacto del lenguaje. Ese resto que no pasa por la imagen ni puede ser simbolizado es esencial en la medida en que funciona al modo de una reserva operatoria de deseo; para desear, es necesario que la falta nos constituya.

Es por ello que el duelo es concebido en términos de función y fundante, en tanto tiene valor estructurante de la subjetividad. Para que alguien devenga sujeto debe haber pasado por un duelo, es decir, situarse como objeto perdido para el Otro, es necesario pagar el precio de ser objeto del Otro, pero en términos de objeto perdido, no un objeto que intente completar y dar respuesta a dicha falta.

De esta manera, Lacan mediante el objeto a, puede pensar cómo se constituyen aquellos objetos por los cuales se lleva adelante un duelo, pero es necesaria esta primera pérdida y la instalación de ese vacío que habilita. Es así que establece una distinción entre aquellos objetos que pueden ser compartidos en la medida en que pasan por la imagen y por el significante, es decir, aquellos objetos que estarían por delante del sujeto, a diferencia de esos objetos que operan en tanto caducos resultado de una operación de corte.

La función del duelo implica esta pérdida que nos constituye como sujetos y que

permite la relación y la investidura de objetos posteriormente. En palabras de Faccendini & Zuliani: "A partir del duelo hay un objeto que puede venir al lugar de lo que no es en tanto no es el falo. Por la función del duelo, se constituye un vacío donde alojar objetos que ocuparán el lugar del falo, pero que no lo serán" (2018, p. 154). Por ello, en palabras de Landriel (2016): "El duelo conlleva, de manera inevitable, la pregunta acerca del objeto de deseo que incumbe indefectiblemente al sujeto" (p. 107-108).

Esos objetos vienen al lugar pero no están en el lugar llenando ese agujero, lo cual es fundamental porque da cuenta que esa imagen de objeto es tan solo un engaño, un postizo para taponar, con su fantasma, esa falta del Otro que provoca angustia. El fantasma ofreciendo esa imagen intenta obturar algo de la falta pero no completamente, siempre queda un punto por el que se cuela y que habilita al deseo. Es necesario ese punto incalculable para desear, esa falta que es irreductible al significante en términos de Lacan (2020).

Es por ello que, "[...] en el duelo el agujero es real y produce la movilización de significantes, y la movilización de los significantes nos reenvía a la privación, a que falta ese significante que se articule a nivel del Otro. Entonces el duelo no es solo la movilización de los

8

significantes, sino la respuesta en razón de la insuficiencia de lo simbólico para hacer frente a ese agujero real" (Faccendini & Zuliani, 2018, p. 159).

El problema emerge cuando algo ocupa el lugar de la falta, es decir, cuando la falta falta; esto nos lleva a pensar la posibilidad de que no haya duelo que instale ese vacío y por lo tanto, que habilite un sujeto deseante. Es allí que Lacan ubica aquellos fenómenos ubicados del orden de lo siniestro. Freud (1919) considera lo ominoso como una sensación de pérdida de familiaridad que aparece en el núcleo de lo conocido. Para especificar un poco más, la palabra *unheimliche* en alemán implica dos sentidos: *heim* es lo familiar por un lado, mientras que un *es* negación, opuesto, extraño. Es aquel tipo de horror que emerge dentro de lo familiar, un desplazamiento que hace que aquello que se experimenta como cercano adquiera el cariz de tenebroso, extraño. Siguiendo lo que queremos trabajar en este ensayo, lo siniestro puede representarse en la imagen de aquel muerto que abra los ojos, que allí donde deberíamos hacer el duelo por lo perdido, algo aparece.

III. ¿Todo tiene solución?

A partir de este recorrido que se va armando y rearmando en cada paso, notamos que el duelo es fundamental en la vida y existencia del hablante. En tanto pone a la persona frente a su propia castración y lo enfrenta a ello, algo del orden del acto empieza a operar. Cuando hablamos de acto hacemos referencia a algo muy diferente a aquellas acciones calculadas, pensadas, determinadas de manera anticipada para que nada se escape ni para que se presenten desvíos. Estas implican el pensamiento y la repetición, al modo de los rituales que el obsesivo lleva a diario para evitar un sinnúmero de consecuencias posibles, para él, si estas acciones no son llevadas adelante.

El acto implica perder las garantías de la posición que el sujeto sostiene en relación al Otro, implica un corte y un desplazamiento hacia determinaciones por venir, incalculables. Como bien plantea Lutereau (2011), en el acto, "el sujeto está marcado por el desconocimiento entre el agente del acto y el sujeto resultante" (p. 214). De esta manera, conlleva una inversión de los términos que hacen al fantasma, en la medida en que Lacan ubica al fantasma como un montaje, como aquella modalidad que cada sujeto arma y

permite relacionarse con otro, siendo el marco por el cual se mira la realidad – y se vela lo displacentero –. Para Lacan hay un único modo de estructurar la realidad, siendo esta la realidad fantasmática que brinda cierta estabilidad y sostén al sujeto para andar.

Es así que podemos dar cuenta que, con el acto, entra en la escena aquello que moviliza, que pone en jaque algo que en el fantasma está arraigado y brinda sostén. El acto es aquello que introduce una mancha, un agujero, algo que desestabiliza y que implica la caída del Otro omnipotente, sin barradura. De esta manera, la lectura lacaniana expresada en el seminario *El deseo y la Interpretación* (2015), de la obra de Shakespeare, Hamlet, implica al duelo como fundamento del acto. Sin duelo, entonces, no hay acto. Esto se debe a que lo perdido en el duelo no puede calcularse ni saberse, implica un acto en tanto uno hace el duelo sin saber las consecuencias del mismo, sin saber lo que implica. El duelo entonces, deja al sujeto en las puertas del acto, al modo de una invitación a arriesgar ahí donde el Otro no tiene respuestas.

Los actos tienen un fin, un momento de corte. Esto nos lleva a preguntarnos si podemos ubicar un final al duelo o una resolución. Es importante distinguir estos términos, cuando hacemos referencia a resolución, según el diccionario de la Real Academia Española se plantea como “Acción y efecto de resolver o resolverse” (2021). Si pensamos la posibilidad de resolución parecería que existe una receta o una serie de pasos a seguir en un proceso de duelo que, sí es respetado, implicaría su resolución al modo de un problema matemático.

9

Para pensar el fin de duelo nos encontramos en otro punto diferente al de la resolución. En tanto el acto tiene un fin, podríamos ubicar que el duelo tiene un fin, un fin provisorio en parte o un fin que no concluye ni cierra nada, más bien es un final abierto. Es un final en tanto habilita un corte a aquella cadena metonímica que no para de repetirse y extenderse en relación a aquella persona que se ha perdido. A la persona le cuesta comer, le cuesta dormir, le cuesta continuar con sus actividades habituales porque el muerto inunda toda la cadena significativa y se desplaza en cada momento, acaparando cada momento. Por ello es necesario un corte, un movimiento diferente frente a esa inscripción incesante. El duelo, en tanto incluye un fin, permite algo de ese corte, ese cambio, que no puede calcularse, que no sabe para dónde puede deparar, pero que lo incluye.

El final de duelo entonces, implica hacer algo con esa pérdida que se ha sufrido y se ha vivenciado, como lo fue en su momento aquel duelo fundante y posibilitador de un sujeto. Final y fin pensados aquí como términos similares en tanto ambos hacen referencia a la idea de finalidad, y no en relación a lo conclusivo. De esta manera, hay un aspecto que queda abierto en tanto constantemente vivenciamos pérdidas y por lo tanto, duelos. No podemos pensar un cierre obturador en el duelo en tanto volvemos a pasar por allí una y otra vez, tras cada pérdida, tras cada momento, es decir, “[...] las pérdidas reales que sobrevendrán después remitirán a dicha ausencia primera, rememorando el proceso de su constitución” (Couso, 2011, s/p). En cada nuevo duelo se resignifican aquellos duelos anteriores, con aspectos similares y otros no tanto, los duelos no pueden pensarse sin ese paso anterior, sin ese duelo atravesado en otros momentos pero que lleva sus marcas, sus aspectos.

IV. Duelos ¿patológicos?

El proceso de duelo ha sufrido diversas clasificaciones en base a distintos criterios, uno de ellos, es la distinción entre duelo normal y duelo patológico. El término patología abre

un campo de discusión muy amplio en tanto que es un concepto extraído de la medicina, mientras que el término psicopatología deviene del campo de la psicología y es tomado por la psiquiatría como recurso.

En *El Nacimiento de la Clínica* (2008) Foucault plantea que lo normal y lo patológico se convierten en un eje central de los discursos propios de las sociedades modernas. Esto se revela en la concepción de enfermedad que se sostiene en la psiquiatría. Este campo se ha valido de diversas teorías y disciplinas que caracterizan distintos paradigmas que han regido.

Se puede pensar la historia de la psiquiatría como la historia del fracaso en intentar alcanzar el punto anatómo - patológico para la explicación causal de la enfermedad. A partir de esta dificultad surge el paradigma de las enfermedades mentales, las cuales son múltiples y se propone no solo trabajar con los signos que aparecen en la superficie, sino que, observan y evalúan el curso de la enfermedad a lo largo del tiempo. Frente a las dificultades y las insatisfacciones que estas teorías han brindado, la psiquiatría estableció nuevas alianzas con otros discursos como lo fue la neurología en un primer momento y la psicopatología después. Esta última proviene del campo de la psicología pero es tomada como recurso por la psiquiatría para determinar el lugar causal faltante, en este caso, causas psíquicas. Las ciencias cognitivas, que se encuentran en auge en la actualidad, apuntan a este mismo proyecto: a responder y llenar aquel vacío que la psiquiatría nunca logró.

Incluso el mismo Freud acude a la psicopatología para construir su discurso, ya que es propio de su época. Lo que no podemos perder de vista es que no podemos igualar o equiparar psicoanálisis y psicopatología. El movimiento que Freud realiza en relación a lo psicopatológico pone entre paréntesis la distinción tajante entre lo normal y lo patológico propia de la época, al ubicar psicopatologías de la vida cotidiana. De esta forma, el autor despliega

10

otra cara de la psicopatología alejada de la psiquiatría imperante y de las clasificaciones taxonómicas, y comprende actos fallidos, lapsus, olvidos, sueños y giros semánticos; en otras palabras, son las diversas formas del inconsciente las que se incluyen en este campo.

Landriel (2016) describe lo patológico en Freud con un carácter fragmentario y móvil, lo que permite argumentar que dicha línea divisoria no parece ser tan tajante como se presenta a primera vista. De esta manera, afirma: "Cuando hace uso del término "psicopatología" es en función de lo fractus, de lo irregular, del mínimo punto de diferencia y alteridad en el sentido. Proporcionalmente, cuando pone en juego nociones psicopatológicas, las utiliza de manera fragmentaria" (p. 136).

Freud en *Duelo y Melancolía* (1917) ubica una distinción entre duelo, duelo patológico y melancolía, aunque no la realiza de manera precisa y extensiva. Lo hace a partir del conflicto de ambivalencia que puede producirse en función de la oposición entre amor y odio en relación al objeto, que puede tener un origen externo o bien ser constitucional.

En cuanto al duelo patológico y la melancolía establece una cierta cercanía en tanto el problema o la dificultad estaría en el rebajamiento de sí mismo, aunque mantiene las distancias necesarias. Tal como lo plantean Faccendini & Zuliani (2018, p. 74), es necesario diferenciar entre autorreproches que más característicos del duelo patológico, mientras que la rebaja generalizada del sentimiento de sí es más bien propio de la melancolía; aunque vale destacar que, dichos autorreproches podrían ir ganando terreno e ir mudándose en una rebaja. Uno de los aspectos por los cuales se separan a ambas afecciones refiere a las mal llamadas estructuras clínicas: neurosis, psicosis y perversión; la melancolía iría más bien del lado de la psicosis, mientras que el duelo patológico iría del lado de la neurosis obsesiva.

A pesar de los criterios nombrados que pueden utilizarse para clasificación y

distinción, consideramos que estas se desvanecen o se desarman a cada paso. Si recuperamos los aportes realizados por Lacan en relación a la pérdida, entendemos que la pérdida en uno mismo es lo que caracteriza al duelo y por lo tanto, no puede eludirse en este proceso. Puede sumarse a este aspecto, la cuestión del tiempo en la perdurabilidad de los reproches o en la extensión de la rememoración del difunto, tal como lo plantea Freud en *Cinco Conferencias sobre psicoanálisis* (1910). Cabe abrir la pregunta por el tiempo ya que desde el psicoanálisis, en tanto se prioriza la singularidad de cada sujeto, no pueden establecerse tiempos definidos o adecuados al proceso de duelo. Determinar un tiempo acotado implicaría leer al duelo en claves de patología psiquiátrica ya que, quien no respondería a determinados tiempos, quedaría por fuera de la norma establecida. Desde el psicoanálisis se entiende que los procesos no pueden ser evaluados solamente bajo la lente de la cronología, sino que estos se articulan con tiempos lógicos, tal como lo plantea Lacan.

El autor, en *El tiempo lógico y el aserto de certidumbre anticipada. Un nuevo sofisma* (1988), propone que el tiempo es dividido en instante de ver, tiempo para comprender y momento de concluir; los cuales no son etapas que se suceden una a otra de manera lineal, sino que se producen de manera asincrónica. En los duelos podemos ubicar estos tres tiempos en tanto el primero puede corresponderse con el anoticiamiento de la pérdida y de la situación, mientras que el segundo se refleja en esos momentos de intentar entender lo ocurrido, los diferentes sentimientos que se ponen en juego. Pero lo fundamental, desde la lectura que pretendemos ofrecer es como estos tiempos se conjugan con el momento de concluir en tanto lo que se pone en juego es la dimensión del acto. Como bien plantea Lacan, “El acto se adelanta a su certidumbre” (1988, p.198), llevando a la conclusión de lo que convoca al sujeto, sin precedentes, sin determinaciones, solo acto que se produce.

Con el objetivo de ampliar el recorrido y las posibilidades de pensar el duelo patológico, creemos pertinente introducir la novela de Philippe Claudel, *La nieta del señor Lihn* (2015), trabajada por Patricia Fochi (2021). La novela, en breves palabras, narra la historia del señor Lihn, un señor que debe exiliarse con el objetivo de cuidar y proteger a su nieta, debido a la guerra que azota a su país. Al encontrar a su hijo y a su mujer muertos, decide tomar a la niña

11

que se hallaba al lado de su muñeca decapitada y huir. Pasa por diversos refugios y lugares donde no establece ningún vínculo, incluso ninguna palabra, al igual que la niña, quien no lloraba ni se quejaba. La novela transcurre principalmente entre estos dos personajes hasta que un accidente de tránsito provoca una ruptura para el lector, en tanto revela que, la niña que llevaba a todos lados el señor Lihn, era una muñeca.

Fochi (2021) brinda una lectura muy interesante acerca del lugar que ocupa la muñeca en la historia del señor Lihn, a modo de un objeto fetiche, aunque no completamente, pero coincide en cuanto a su construcción en relación a la temporalidad que caracteriza al objeto fetiche. La muñeca aparece en un punto en que parece detenerse porque resulta insoportable atravesar ese límite, ahí se encuentra la relación.

En este ensayo, decidimos tomar ese ejemplo para pensar si se puede hablar de un duelo patológico, en tanto que frente a la pérdida, ubica ahí un objeto que tapa esa falta. Elmiger (2010) plantea la importancia del anudamiento del duelo mediante la palabra para pensar la función subjetiva que venimos planteando. Esto se refleja en los diversos rituales y costumbres que se llevan adelante en torno a la muerte como un modo de anudar y atravesar esa situación que provoca una ruptura en la cadena significativa. Lo real es planteado como aquello del orden de lo imposible, de manera tal que solo puede bordearse y captarse, en parte, mediante lo simbólico. En palabras de la autora: “Se rodea al muerto, a la muerte y al deudo de saberes transmitidos desde lo religioso, lo cultural, lo jurídico, lo científico, o las

costumbres. De este modo, la muerte se monta en un edificio que la instituye y la nombra como tal” (2010, p. 29). Lo que sucede con el señor Lihn es que nada del orden del lenguaje ni de la palabra se pone en juego. Y es aquí donde Elmiger plantea el obstáculo, en tanto que “[...] cuando esta función no se cumple, se ve dificultada o impedida, el sujeto no sólo no logra tejer en la malla significativa lo que perdió con el muerto sino que puede perderse él mismo” (2010, p. 21).

La lectura que ofrecemos aquí, es que este momento en que nada del orden del lenguaje aparece, tiene total correspondencia con los tiempos y la situación atravesada por el protagonista. En un contexto de guerra y de tanta muerte, que incluso arrasa con su hijo y su nuera, ninguno de los elementos del lenguaje alcanzan para anudar y dar sentido a esta pérdida, que no deja de ser una pérdida en sí mismo. Es así que la muñeca aparece como una suerte de objeto que permite hacer lazo frente a tanta desolación. Siguiendo el recorrido planteado hasta el momento, no podemos dejar de pensar la importancia que tiene el contexto en esta escena; cuando todo es arrasado, la muñeca aparece como esperanza, como aquello que ata a la vida. No podemos calcular los modos en que el señor Lihn concebía a su nieta ni los efectos que el accidente de tránsito tuvo en él y en su relación con la muñeca. Sin embargo, atinamos a hipotetizar la relación como un modo de anudar y por qué no, un primer paso para llevar adelante el duelo. Consideramos que no corresponde con un duelo patológico en relación a la pérdida de su nieta, sino como una posible solución o modo de sobrellevar aquella situación tan disruptiva y tan dolorosa. Frente a tanto dolor, cuando las palabras no alcanzan, este objeto que pareciera ubicarse como un sustituto e intento de reemplazo del objeto perdido, puede ser pensado como una posibilidad de anudamiento en un primer momento, como un modo de mediación.

Es así que este trabajo nos lleva a plantear la imposibilidad de hablar de duelo patológico en tanto la adjetivación que el término patológico implica a la palabra de duelo, conlleva un sesgo de la tradición psiquiátrica que es necesario cuestionar. El psicoanálisis intenta separarse de esta tradición y marcar el camino que desea recorrer, más allá de las posibles relaciones que pueden establecerse con dicha disciplina que ya fueron señaladas por Freud en las *Conferencias 16 y 17 de Introducción al Psicoanálisis* (1916-1918). De esta manera consideramos que, desde el psicoanálisis, se vuelve necesario trazar nuevos senderos con significantes que sean más acordes a la propuesta planteada.

12

Actualmente, podemos establecer un parentesco con las distinciones entre normal y patológico con los discursos ‘mindfulness’ o de autoayuda que establecen una serie de reglas y modos de hacer, donde claramente se pierde la dimensión del acto, para que la persona alcance ‘la normalidad’ esperada o la ‘felicidad’, en los términos que lo plantean dichos discursos. Si una persona, frente a una pérdida sigue la receta establecida, podría ‘soltar’ la situación dolorosa atravesada y alcanzar una supuesta felicidad que estaría del otro lado del camino, solo hay que atravesarlo o bien aprender de ella. Paradójica la exigencia de soltar, ya que, en tanto sujetos, la palabra misma lo indica, estamos sujetos al mundo simbólico al que advenimos, a esos Otros que nos determinan, aunque siempre con un punto de vacío. Siguiendo los imperativos de estos discursos que son tan difundidos en la actualidad, consideramos de gran claridad una frase planteada por Leila Guerriero (2021, s/p.), quien plantea: “¿Cuántas toneladas de autoayuda y ‘mindfulness’ hemos tragado para engendrar esa necesidad maníaca de encontrarle a todo una enseñanza? El dolor, a veces, es simplemente dolor. No purifica, no nos hace mejores. Solo daña”. De esta manera, advertimos que el dolor y la angustia son parte de la vida del sujeto y lo constituyen, no podríamos pensar un sujeto sin estos aspectos.

Retomando a Ritvo en la presentación del libro *El duelo. La infición del mundo* de Patricia Fochi (2021), pensamos que el significativo patológico podemos desarmarlo en tanto no podríamos hablar de duelo patológico cuando la vida misma es patológica. La propia existencia está marcada por un malestar, en términos freudianos, en tanto existen diferentes fuentes de displacer que implican una renuncia a la satisfacción pulsional. Una de ellas es la cultura que implica una limitación y represión de las pulsiones que nos constituyen como sujetos deseantes.

En la medida en que nacemos somos ingresados a un mundo simbólico, marcado por el lenguaje que da cuenta que no existe una universalidad posible regida por un instinto que determina los modos y los tiempos en que cada momento o etapa de la vida humana debe ser llevada a cabo. Más bien, somos sujetos de la pulsión y todos los procesos y situaciones que atravesamos reflejan las posiciones como sujeto del inconsciente, es decir, los modos de goce de cada uno. Es por ello que se vuelve arriesgado hablar de duelo patológico porque implicaría que habría un modo de hacerlo y por lo tanto, una cierta clasificación de las formas de goce. Los duelos son singulares y contruidos en base a las marcas que cada uno lleva, de manera tal que juzgar o determinar cómo debería ser, atenta contra el descubrimiento realizado por Freud hace dos siglos atrás.

V. No realización del duelo.

Ahora la pregunta se abre en torno a la otra cara del duelo, si hablamos de duelo patológico, cabe interrogarse por la posibilidad del no - duelo, es decir, aquel duelo que no inicia frente a la pérdida. Entendiendo que los tiempos corresponden a los de cada sujeto de forma singular, ¿podemos establecer que existe un momento en que debe comenzarse el duelo? Comprendemos la importancia de llevar adelante un duelo frente a la pérdida que se presenta con gran efecto disruptivo en cadena significativa y en la vida del sujeto, pero no podemos establecer los modos en que debería llevarse a cabo.

Afirmar que alguien no está atravesando un duelo sería un modo apresurado de instaurar determinaciones que atentan con los modos de cada uno de llevar un duelo. En tanto depende del modo de goce de cada quien, los duelos pueden tomar vías inesperadas y diferentes, que no significa que no lo sean.

Retomando la novela que tiene como protagonista al señor Lihn, podríamos hipotetizar que el duelo no habría comenzado en tanto existe un objeto ocupando el lugar que debería faltar frente a la pérdida de su nieta y si nada del orden de la falta se instala, no existe la posibilidad de pensar un duelo. En este caso, una de las conjeturas, siguiendo el recorrido

13

planteado, es que la muñeca, al funcionar como una primera forma de anudamiento, tal vez se convierte en un primer paso para luego pensar un duelo. El protagonista debe enfrentarse a diversas pérdidas: su país, su hogar, su hijo y su nuera, y su nieta, pérdida de la cual no parece aún percatarse. Entendiendo el gran impacto que estos tipos de pérdidas suelen causar en el sujeto, no puede exigirse el momento de duelo de manera inmediata, incluso no podemos negar ni afirmar, que tal vez, los duelos en relación a su hijo, a su hogar, tal vez si se estén llevando adelante.

Elmiger (2009) insiste en la importancia del discurso, en el duelo, para representarse. El duelo es considerado como un velo que permite soportar la muerte y la angustia que este hecho provoca frente al agujero en lo real. Es en función de dicho discurso y del lenguaje que poco a poco pueden habilitar la reinscripción de la falta y el encadenamiento a la cadena significativa. Sin embargo, si sostenemos la conjetura de que la muñeca es un elemento

simbólico que aparece frente a la cruda realidad, algo de lo simbólico y, por lo tanto, de la subjetivación, se pone en juego.

Por otra parte, no podemos obviar la relación entre duelo y psicosis que Lacan comienza a introducir en el seminario 3: *Las psicosis* (1986), llamado originalmente *Las estructuras freudianas de las psicosis*. Allí comienza a ubicar el duelo como uno de los posibles destinos de la Behajung, en relación a la Verneinung (denegación). Relación que ya se refleja en la lectura de Lacan (1981) al texto de Freud *La negación* (1925) vía el comentario de Jean Hyppolite, en tanto ubica la atribución de propiedades a un objeto, placentero/displacentero, propio/ajeno, lo que implica la función del juicio. En este caso de atribución, y en relación al problema de sus atributos, se declara o no la constatación de su existencia. Esto se vuelve una cuestión fundamental para Lacan ya que, declara al objeto perdido de entrada, eje con el cual podemos abordar toda la erótica del duelo y del deseo desde la perspectiva de la castración.

Es por ello que, podemos ubicar el proceso de forclusión como el reverso del duelo en tanto en el primero, lo rechazado en lo simbólico aparece en lo real; mientras que en el duelo se produce la pérdida en lo real, un agujero que representa el significante faltante. En otras palabras, se trata de la falta del significante que pueda responder por uno, ese significante que lleva adelante su función en tanto ausente.

De esta manera es que se establece la correlación: si no hay duelo, hay locura, en tanto es el duelo el que posibilita el deseo. En otras palabras, la pérdida es el paso fundamental para que el sujeto se estructure como deseante. En la psicosis, en cambio, existe un sujeto que se lee en la vacilación enunciativa, es decir, en el intento de barrar aquel Otro que aparece como omnipotente. Esto significa que en la psicosis, al no existir algo del orden de la pérdida por la presencia del Otro absoluto, no existe la pregunta de qué objeto soy para el Otro, pregunta esencial en la constitución del fantasma. Para llevar adelante un duelo, es necesaria la pérdida y constituirse uno mismo como objeto perdido, pero en la psicosis, el Otro afirma desde el primer momento el objeto que es. Esta idea no implica necesariamente la exclusión de la presencia del deseo en la psicosis, sino que señalamos que el recorte del objeto y la constitución del deseo no se producen a partir de la caída y del estatuto de lo perdido; y es por ello que suelen hacerse presentes cuestiones del orden de la melancolía a diferencia del duelo.

De esta forma, y siguiendo con el punto anterior 'Duelos, ¿patológicos?', aparecen las preguntas por la falta de duelo y la locura. En tanto no se produce la inscripción del significante, lo simbólico rechazado retorna en lo real al modo de una certeza delirante que se le impone al sujeto y que lo implica. Es así que podemos preguntarnos, ¿si no hay duelo, hay una cuestión patológica? ¿Lo planteado hasta el momento, se desvanece en este aspecto?

Frente a esta posibilidad, sostenemos la importancia de no caer en terminología psiquiátrica ni en diagnósticos frente a los diversos avatares que se presentan en cada sujeto. Entendemos, frente a estos casos donde no se realizaría el duelo, la importancia de

acompañar, como futuros profesionales, el camino en aquel intento de barradura del Otro para que algo del orden de la pregunta, del deseo y de la dimensión del acto pueda hacerse presente. Consideramos que el objetivo de la práctica del psicoanálisis no apunta a una distinción tajante entre duelo y no duelo, entre duelo y patología, sino cómo instalar algo de la dimensión del mismo. Esto se debe a que, como venimos planteando en este ensayo, el duelo no es perder el objeto, es instituir al objeto en el lugar de la causa. El duelo lo que hace es restituir la posición deseante del sujeto, porque lo remite a los lazos con ese objeto, el objeto que está por detrás. De esta forma, se apunta a habilitar algo de ese duelo que

puede verse dificultado.

VI. El duelo en la práctica clínica.

Como venimos planteando, el duelo tiene un lugar central en el edificio de la teoría psicoanalítica y conjuntamente, lo tiene dentro de la clínica. Podemos afirmar que en un análisis se ponen en marcha diversos aspectos en relación al duelo, en tanto la pérdida y la elaboración de la misma es un momento que hace a la vida de todas las personas. Sufrimiento, dolor y pérdidas son cuestiones que recorren los rincones de un proceso analítico diariamente, lo que nos interesa destacar es el rol del analista que acompaña y habilita el pasaje por el duelo.

Pagano (2003) plantea que “El trabajo del duelo tendría como función un cese de un accionar ligado al acting out, al pasaje al acto o a la inhibición generalizada, por un accionar ligado al acto” (p. 30). En tanto ligamos el duelo al acto y consideramos el efecto que esta dimensión puede producir en la elaboración de la pérdida, entendemos que muchas veces, este corte con otras modalidades de desenvolvimiento del sujeto pueden ser habilitadas en un análisis y a partir del efecto que las intervenciones del analista generan por medio de la relación transferencial que se establece.

Reiteramos que no existen recetas para llevar adelante un duelo ni pasos a seguir, y aunque Freud (1917) en *Duelo y Melancolía* ya establecía que el duelo es un afecto normal que no debe ser trabajado en la clínica, entendemos que este es un tema que se trabaja y se retrabaja constantemente en dicho espacio en la medida en que las pérdidas caracterizan la vida humana. Es así, que se vuelve un momento central y muchas veces es el trabajo mismo que se desarrolla en análisis que permite atravesar el sufrimiento que estas situaciones generan.

La idea del atravesamiento del duelo se encuentra muy presente en diversos discursos y esto nos lleva a pensar posibles (o no) relaciones con la idea de atravesamiento del fantasma planteada por Lacan. Para Bernal (2015) el atravesamiento del fantasma “implica llegar hasta un punto en que el sujeto construye, extrae un saber sobre su relación con el objeto que le sirve para realizar su fantasma, el objeto a. O para decirlo de otra manera, llegar a saber la forma que él, como sujeto, ha elegido para responder a la falta del Otro, al deseo del Otro, a la castración del Otro [...]” (s/p.). En tanto dicho atravesamiento implica la caída del objeto a y el reconocimiento de la castración como operación fundamental, podemos bosquejar que este atravesamiento, tarea llevada adelante en análisis, está muy en relación con lo que el duelo implica en sí mismo.

El duelo es velo de aquello que irrumpe de manera explosiva en el sujeto pero también desvela algo, desvela la idea de pérdida fundamental que nos atraviesa en tanto sujetos, es por ello que su función y movimiento está en total relación con el fantasma. Miller plantea: “¿Qué significa la travesía del fantasma, en caso de ser algo que pueda decirse rápidamente? [...] Se trata, pues, no de la desaparición del fantasma sino de no ser engañado por el propio. Es verdad que esto es esencial para el analista. Es esencial que tenga la posibilidad de tomar cierta distancia respecto de su propio fantasma” (1983, p. 69). Esto da

cuenta de la importancia de los intentos de no sustitución en los duelos o bien, que no existiría una especie de cura para los mismos; más bien, los duelos exponen frente a aquel vacío que, inevitablemente, hará vacilar al fantasma. El velo sigue permaneciendo y esto permite el desenvolvimiento en la vida cotidiana, pero algo debe moverse frente a la pérdida

y a la muerte, algo de ese agujero se hace presente, aunque luego, se pongan en marcha ciertos recursos simbólicos para bordearla.

Reflexiones finales

Este recorrido permitió y permite habilitar otra escucha sobre el duelo en cuanto a sus diversos aspectos y características; escucha no tan sesgada por las categorías nosográficas propias del campo de la psiquiatría, las cuales resultan fuertemente difundidas en numerosos espacios del campo psi.

La noción de duelo es central en el edificio psicoanalítico, es un concepto sumamente elaborado y repensado, lo cual convirtió a este trabajo en un desafío. Los temores frente a qué es posible decir sobre el duelo fueron experimentados al comienzo de este ensayo. Temores que poco a poco se fueron diluyendo frente al entendimiento de que el mismo lleva otras marcas que lo vuelven absolutamente singular.

Lo transitado aquí contiene varias aristas que dan cuenta de la complejidad que constituye al duelo, el cual no se reduce meramente a un momento luego de una pérdida que consta de etapas estrictas y delimitadas que se corresponden con tiempos cronológicos precisos. Esta lectura se corresponde con la posición ética del analista, que se opone a considerarlo como algo que se sucede siguiendo una serie de pasos, y que, una vez atravesados los mismos, uno saldría resarcido de todo lo que implica la pérdida y la muerte.

Se acudió a diversos autores dentro del vasto campo del psicoanálisis como lo son Sigmund Freud, Jaques Lacan, Jean Allouch así como docentes de nuestra casa de estudios que han trazado ciertos senderos en relación a este tema. De esta manera, el recorrido por algunas de las diversas formas de concebir al duelo permite complejizarlo e interrogarlo para pensar el lugar que el mismo ocupa en un análisis. Entendemos que el duelo implica un trabajo y ciertos procesos identificatorios, pero no se reduce solo a ello, sino que es un momento de gran consideración en tanto hace a la constitución subjetiva.

Es así que se revela la importancia del paso por un duelo inaugural que permite pensar un sujeto en la medida en que estamos constituidos por una falta que habilita el deseo. Este primer duelo es necesario para elaborar aquellas pérdidas de objetos que sobrevendrán después, en tanto la pérdida es en uno mismo, debido a que se duela a aquel respecto del cual uno mismo era su falta. Esta concepción da cuenta de que estamos atravesados por un vacío que no puede jamás llenarse ni reemplazarse, mientras que el duelo se presenta como aquel modo que permite sobrellevar y hacer algo con ese vacío.

Esto nos permitió poner tensión la idea de duelo patológico y cuestionar modos de intervención que impliquen una distinción entre lo normal y lo patológico. En tanto la vida humana se caracteriza por diferentes afectos, entre ellos, el malestar y la angustia, no podemos pretender que los mismos no estén presentes frente a una pérdida ni tampoco podemos aspirar a tiempos o modos en que debe concretarse el duelo. Cada quien se vale de los diversos recursos simbólicos con los que cuenta para dar respuesta a aquel agujero que se presenta en lo real.

Este trabajo favoreció la reflexión acerca de cómo puede ser abordado el duelo al interior del campo psi, de igual manera que propicia pensar como acompañar y alojar aquellas situaciones donde se considera que algo de este proceso no se está llevando adelante y causa

mucho sufrimiento en la persona. El duelo, entonces, es un momento que inunda los diferentes espacios en que podemos llevar adelante nuestra práctica, por ello, esta otra escucha presentada puede aportar nuevas posibilidades.

Es así que, en dicho trabajo, alcanzamos algunas aproximaciones y abrimos otras preguntas: ¿Cómo podemos concebir aquellos momentos en que se producen obstáculos en el proceso de duelo sin caer en categorías psiquiátricas? ¿Cómo podemos seguir pensando las oposiciones entre locura y duelo? ¿De qué modo el analista lleva adelante su función en tanto se pone en marcha un duelo en análisis?

Bibliografía

- Allouch, J. (1997) *Erótica del duelo en tiempos de la muerte seca*. Ed. El Cuenco de Plata.
- Bernal, H. (20 de marzo de 2015). El atravesamiento del fantasma. Un blog sobre psicoanálisis lacaniano. En <https://bernaltieneunblog.wordpress.com/2015/03/20/421-el-atravesamiento-del-fantasma/>
- Claudel, P. (2015) *La nieta del señor Lihn*. Salamandra Ediciones. • Couso, O. (2011) *Un duelo ¿terminable o interminable? Desde el Jardín de Freud. Nuestros Duelos*. 11, 149 - 162. Recuperado de: <https://bibliotecadepsicoanalisiselsintomasingular.com/desde-el-jardin-de-freud-11-nuestros-duelos-2/>
- Elmiger, M. L. (2009). Duelo y subjetividad. I Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XVI Jornadas de Investigación Quinto Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- Elmiger, M. L. (2010). La subjetivación del duelo en Freud y Lacan. *Revista Mal-estar E Subjetividade*, vol. X (núm. 1), pp. 13-33. Universidade de Fortaleza, Brasil. Recuperado de <http://pepsic.bvsalud.org/pdf/malestar/v10n1/v10n1a02.pdf>
- Faccendini, J & Zuliani, C. (2018) *Volver al duelo, ruego*. Laborde Editor. • Freud, S. (1970) Carta a Ludwig Binswanger. En *Epistolario II* (1891-1939). Plaza & Janés, 1971, 60-61.
- Freud, S. (1910) Cinco Conferencias sobre Psicoanálisis. En *Obras Completas Sigmund Freud - Tomo XI*. Editorial Amorrortu.
- Freud, S. (1917) Duelo y melancolía. En *Obras Completas Sigmund Freud - Tomo XIV*. Editorial Amorrortu.
- Freud, S. (1923) El yo y el Ello. En *Obras Completas Sigmund Freud - Tomo XIX*. Editorial Amorrortu.
- Freud, S. (1925) La negación. En *Obras Completas Sigmund Freud - Tomo XIX*. Editorial Amorrortu.
- Freud, S. (1919) Lo Ominoso. En *Obras Completas Sigmund Freud - Tomo XVII*. Editorial Amorrortu.
- Freud, S. (1921) Psicología de las masas. En *Obras Completas Sigmund Freud - Tomo XVIII*. Editorial Amorrortu.
- Fochi, P. (2021) Coloquio / Presentación de libro "El duelo. La infición del mundo". Rosario.
- Fochi, P. (2021) *El Duelo. La infición del mundo*. Otro Cauce.
- Foucault, M. (2008) *El nacimiento de la clínica*. Siglo Veintiuno Editores. • Guerriero, L. (17 de noviembre de 2021). El Mal. *Diario El País*. Recuperado de: <https://elpais.com/opinion/2021-11-17/el-mal.html>
- Lacan, J. (1988) El tiempo lógico y el aserto de la certidumbre anticipada. Un nuevo sofisma. *Escritos 1*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Lacan, J. (1981) Introducción y respuesta a una exposición de Jean Hyppolite sobre la Verneinung de Freud. En *Seminario 1: Los Escritos Técnicos de Freud*. Ed. Paidós. • Lacan, J. (2015) *Seminario 6: El deseo y su Interpretación*. Ed. Paidós. • Lacan, J. (2020) *Seminario 10: La Angustia*. Ed. Paidós.
- Landriel, C. (2016) *El duelo: Algunas consideraciones a partir de la Obra de Sigmund Freud*. Ed. Letra Viva.
- Lutereau, L. (2011) El acto del duelo, el duelo como acto. *Desde el Jardín de Freud*.

Nuestros Duelos. 11, 207 - 220. Recuperado de:

18

<https://bibliotecadepsicoanalisiselsintomasingular.com/desde-el-jardin-de-freud-11-nuestros-duelos-2/>

- Miller, J-A. (1983) Dos dimensiones clínicas: síntoma y fantasma. En Conferencias porteñas, Tomo 1, Paidós, Bs. As., 2009.
- Pagano, L. (2003) Hamlet y la función del duelo. En *Los duelos: Aspectos estructurales y clínicos*, comp. Patricia Ramos. Buenos Aires.
- Real Academia Española (s.f.). Resolución. En *Diccionario de la lengua española*. Recuperado el 03 de noviembre, 2021, de <https://dle.rae.es/resoluci%C3%B3n>

